



Sociedad y Ambiente

E-ISSN: 2007-6576

sociedadambiente@ecosur.mx

El Colegio de la Frontera Sur

México

Lezama, José Luis

La política Internacional del cambio climático

Sociedad y Ambiente, vol. 1, núm. 3, febrero, 2014, pp. 104-117

El Colegio de la Frontera Sur

Campeche, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=455745077006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La política Internacional del cambio climático

The International Politics on Climate Change

*José Luis Lezama**

Resumen

Este artículo discute algunos aspectos políticos relacionados con el cambio climático. Incursiona en asuntos relacionados con la producción de conocimientos en el campo de la ciencia climática y también en los desacuerdos observados durante los últimos veinte años de negociaciones en las cumbres climáticas organizadas por las Naciones Unidas (ONU) para combatir el cambio climático, las Conferencias de las Partes (COPs). Las principales conclusiones en lo que se refiere a la falta de acuerdos para combatir las emisiones de gases de efecto invernadero, se explica por razones y diferencias de naturaleza económica y política entre las naciones, tanto del mundo desarrollado como del no desarrollado. Los países de ambos grupos tratan de preservar sus intereses y privilegios económicos en el mercado mundial y en la arena política internacional.

Palabras clave: política internacional del cambio climático, intereses económicos y políticos en cambio climático, reducción de emisiones de gases de efecto invernadero.

Abstract

This article discusses some political aspects related to climate change. Not only in those issues related to the controversies around the production of knowledge in the field of climate science, but also in the disagreements observed during the last twenty years of international negotiations in the climate summits organized by United Nations to combat climate change, the so called Conference of the Parties (COP). The main conclusions regarding the lack of agreements to combat

* Doctor en Ciencias Sociales con especialidad en Política Ambiental por el University College London en el Reino Unido. Profesor-Investigador en el Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales de El Colegio de México. Sus temas de especialización son: medio ambiente y sociedad, política ambiental y teoría social urbana. Correo electrónico: jlezama@colmex.mx

Greenhouse Emission have to do with economic and political reasons and differences among the countries, both developed and developing. Both of them try to preserve their economic and political interest in the international arena.

Key words: climate change, international politics, economic and political interest in climate change, greenhouse emissions reductions.

Introducción

El cambio climático es estudiado regularmente en su dimensión científica y en sus derivaciones para la política pública, así como para la toma de decisiones en los organismos internacionales que enfrentan este problema. La idea prevaleciente sostiene que los avances logrados por la ciencia climática¹ son un fundamento sólido para la elaboración de políticas públicas. Estas se beneficiarían del consenso científico existente y de la gran certidumbre que han logrado los hallazgos de esta disciplina. Teniendo en sus manos un cuerpo de conocimientos científicos como el que provee la ciencia climática, la toma de decisiones en el ámbito de los gobiernos nacionales y en el de los acuerdos internacionales, se reduciría a una cuestión de voluntad política.

En este artículo se muestra que esta idea, si no equivocada, al menos es limitada y no da cuenta a cabalidad de los verdaderos factores que influyen en las *decisiones* y en las *no decisiones* en la esfera de lo político y de las políticas públicas. Por lo tanto, no ayudaría tampoco a explicar fehacientemente la reiterada incapacidad de los gobiernos nacionales y de las instituciones internacionales para lograr acuerdos que combatan con efectividad el cambio climático.

La historia de las cumbres climáticas² (las COP), es la historia de la incapacidad de las naciones para lograr acuerdos para la estabilización del clima planetario, particularmente cuando las decisiones están mediadas por aspectos que, aunque esenciales para explicar toda política pública, no siempre emergen a la mirada ciudadana y al análisis científico, estos son los que tienen que ver con la economía y la política.

¹ La ciencia climática, deriva de las ciencias de la tierra y más directamente de las ciencias atmosféricas. Tiene que ver con el estudio de las variaciones del clima planetario, ya sea visto de manera global o en sus expresiones regionales en periodos diversos de tiempo, cortos o largos. En el estudio del clima se consideran tanto los cambios que tienen lugar en el interior del planeta, como en sus relaciones con la actividad solar, la interacción de ambos y los efectos de la actividad humana. En las últimas décadas el estudio de la variabilidad climática planetaria ha enfatizado el papel que juega el moderno periodo industrial, sobre todo por su uso intensivo de combustibles fósiles y las altas concentraciones de carbono que esto ha traído sobre la atmósfera.

² Las Conferences of the Parties (COP) son las reuniones cumbres de las Naciones Unidas para que, en el marco de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático (UNFCCC), los países participantes analicen, programen o reprogramen los esfuerzos realizados para enfrentar el cambio climático. A la fecha se han efectuado 20 reuniones iniciando en Alemania en 1995; este año tendrá lugar la número 21 en Lima. En 2010 la COP 16 se efectuó en Cancún y su mayor éxito consistió en restituirle a los organismos de las Naciones Unidas su papel rector en las negociaciones climáticas mundiales, que se vio dañado en la COP 15 de Copenhague.

Por una parte, la política pública no es algo que se decida en el campo de la ciencia climática, aunque esta sea permanentemente invocada, convocada o incluida en el discurso de *la toma de decisiones*. Las definiciones de política se hacen en ese terreno más crucial que es la economía y la política. Algunos “expertos” suponen que el problema consiste en la existencia de funcionarios, tomadores de decisiones “sordos”, que no escuchan a los hombres de ciencia poseedores de la verdad, o de los fragmentos de ella que provienen de sus hallazgos científicos, y que bastaría con poner en práctica estas verdades para corregir los problemas, pensando que existe un camino llano que va de la ciencia a la toma de decisiones. Desafortunadamente este no es un camino sin obstáculos, ni existe en él un libre tránsito, sino que está contaminado de prácticas, agentes sociales y políticos, intereses, perspectivas y factores de poder que no necesariamente marchan en el sentido que los hallazgos científicos.

Por otra parte, la ciencia no es una actividad que se produzca al margen de lo social. La práctica científica se da en un contexto dominado por la política y se ve subordinada a las necesidades de consenso y de certidumbres demandados por la propia política pública, misma que frecuentemente se ve urgida de recurrir a la ciencia como uno de los factores fundamentales en la producción de legitimidad, de confianza y de certidumbre, aspectos todos ellos esenciales para la gobernabilidad en el actual periodo moderno. La ciencia climática está sujeta a una constante presión gubernamental en los ámbitos nacionales e internacionales para llegar a consensos y brindar certidumbres. Pero lo que la política le demanda a la ciencia para la toma de decisiones no son tanto conocimientos objetivos y sobre ellos elaborar las políticas, sino símbolos, certidumbres mediáticas, formas de legitimación, que permitan sustentar los discursos y la administración de los conflictos.

Este artículo muestra de qué manera estos factores se hayan presentes en las negociaciones emprendidas por la comunidad internacional para hacer frente al cambio climático y, de qué forma, han sido factores fundamentales que explican los cerca de 20 años de fracasos de las negociaciones climáticas.³

¿Existe el cambio climático?

La pregunta parece trivial, en alguna medida lo es, puesto que si de algo no debería haber duda es sobre la presencia a lo largo de la historia del planeta de cambios en el clima. No obstante,

³ Son las negociaciones llevadas a cabo por las naciones en el marco de la UNFCCC para enfrentar el cambio climático, en las que se trata de llegar a acuerdos para la estabilización del clima del planeta, de tal manera que este no se convierta en un problema que, no solo dificulte las actividades humanas, sino también el sistema de la vida planetaria. En estas negociaciones se han establecido metas consistentes en evitar que el clima del planeta suba más de determinado número de grados celcius en el año 2050. La mayor parte de los países difiere con las metas y en los hechos, la temperatura planetaria, de acuerdo a los expertos, sigue incrementándose.

esta pregunta encierra diversos problemas, diversos planteamientos, aspectos bastante complicados de la ciencia climática en los que se mezclan la economía, la política y la misma práctica científica. El problema a clarificar no es exactamente si existe o han existido variaciones en el clima planetario, lo cual no requiere de ninguna clarificación puesto que dicho cambio visto de manera general y abstracta es una obviedad. El punto es determinar con algún grado de certeza si estas variaciones han sido provocadas por la actividad humana y, especialmente, por los procesos socioeconómicos y los estilos de vida que surgen en la sociedad occidental a raíz de la Revolución Industrial, particularmente por el uso intensivo de combustibles fósiles a partir de ese periodo.

El cuarto reporte del Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático (IPCC, 2007), hecho público en París el 2 de febrero de 2007, así como el quinto (IPCC, 2013), han ratificado con un alto grado de certidumbre científica la veracidad del calentamiento y las causas humanas que lo provocan. La comunidad científica representada en ese grupo de trabajo muestra una sorprendente unanimidad en los resultados de sus modelos y predicciones. No parece haber demasiado espacio para la duda. La ciencia es hoy día la mayor fuente de certeza, elemento fundamental en nuestra relación práctica con el mundo y factor decisivo en las adquisiciones y progreso material del hombre moderno. Los problemas ambientales del mundo contemporáneo son interpretados, definidos y transmitidos por los expertos, por los representantes de la ciencia. La información proveniente de “los que saben”, de quienes están socialmente autorizados para hablar, parece haber sustituido, en una parte importante de la población, la palabra de Dios. Únicamente los expertos pueden señalar con autoridad qué significan, qué consecuencias tiene sobre lo humano y no humano, la destrucción de la capa de ozono, el calentamiento del planeta, las radiaciones nucleares, los productos de la ingeniería genética, etcétera. Los conocimientos aportados por la ciencia son considerados criterios de verdad y en algunos casos, y en contra del verdadero espíritu científico, artículos de fe. Las conclusiones sobre el cambio climático incluidas en los últimos informes del IPCC provienen de expertos a quienes se les ha concedido autoridad para hablar sobre este problema global. Es esto lo que se ha llamado la pérdida de la *soberanía cognitiva* que padece el ciudadano común hoy día, quien ya no puede confiar en sus sentidos y raciocinio para entender fenómenos que salen de su capacidad cognitiva (Beck, 1992).

No obstante, existen al menos cuatro tipos de divergencias o controversias sobre lo que allí se expresa y que han sido materia de discusión tanto por clima-escépticos,⁴ negadores del cambio

⁴ Existen diversas categorías de especialistas o personajes relacionados de alguna manera con el estudio, valoración o difusión de los resultados de la ciencia climática que difieren de lo que se llama la ciencia climática convencional. Los llamados clima-escépticos no siempre dudan de la existencia del cambio climático. Algunos dudan de sus causas huma-

climático, algunos jefes de Estado y representantes gubernamentales y no gubernamentales, como por algunos científicos ortodoxos. La mayor parte de los argumentos de quienes refutan los hallazgos de la ciencia climática han sido desacreditados por los representantes de la ciencia convencional. La primera tiene que ver con lo que manifiestan aquellos que, estando de acuerdo con la idea del cambio climático, consideran que el Panel subestima la magnitud del problema; tal es el caso de los representantes de algunos países, sobre todo del mundo no desarrollado, quienes argumentan que la magnitud de tal cambio exigiría metas de reducción de emisiones más ambiciosas. La segunda divergencia proviene de quienes sostienen que no existe el actual periodo de calentamiento en tanto evento excepcional resultante de la acción humana, y que más bien se estaría ante el inicio de un periodo de enfriamiento. La tercera agrupa a aquellos que, aceptando la existencia del calentamiento, niegan que se deba predominantemente a causas humanas. La cuarta divergencia la encarnan quienes no lo consideran de una magnitud que afecte a los ecosistemas y a la vida en general. La más sorprendente la personifican quienes no nada más niegan el calentamiento sino que encuentran evidencias para sostener que el planeta avanza hacia un nuevo periodo glacial. Pero también destaca el caso de jefes de Estado de países no desarrollados, quienes piensan que el IPCC minimiza el problema y se propone metas insignificantes. En el caso de quienes hablan de un periodo de enfriamiento, son predominantemente especialistas de quienes se dice⁵ son financiados por la industria petrolera para desacreditar y desmentir las conclusiones del IPCC; pero también incluye voces de algunos que, basados en distintas o en algunos casos las mismas evidencias, proponen conclusiones diferentes e incluso opuestas. Para algunos de estos clima-escépticos, el mundo actual se encuentra en víspera de una Nueva Era

nas, de su magnitud o de la gravedad de los daños que pudiera causar. Otros simplemente cuestionan aspectos determinados de esta ciencia. Entre los científicos más conocidos están: Judith Curry del Georgia Institute of Technology; Anthony Watts, meteorólogo estadounidense quien publica el blog, *Whatts Up With That?*; Andrew Montford autor del libro *The Hockey Stick Illusion*; Richard Muller, profesor de física de la Universidad de California en Berkeley, quien era considerado un clima-escéptico hasta antes del año 2011, cuando empezó a apoyar los resultados de la ciencia climática convencional, a raíz de su propia práctica científica. Existen otros estudiosos en esta categoría como son los casos de Murry Salby de Macquarie University en Australia o Qing-Bin Lu, quien trabajó en Newcastle University; Ian Pilmer de University of Adelaide. La ciencia climática más convencional no reconoce a muchos de los clima-escépticos como verdaderos científicos. En el campo de la política y de los medios destacan personalidades que de diversas maneras cuestionan los hallazgos de la ciencia climática, entre otros: el danés Bjorn Lomborg, que dirige el Copenhagen Consensus Center; David Bellamy, presentador de televisión; el líder del British National Party, Nick Griffin; James Inhofe, senador en Estados Unidos; y Vaclav Klaus, presidente de la República Checa.

⁵ Existen algunas instituciones, corporaciones y organizaciones señaladas como financiadoras de las posiciones clima escépticas a nivel mundial. Por ejemplo, The Global Climate Coalition, que funcionó hasta el año 2002, fue una de las líderes en este campo. Otra es la Charles G. Koch Foundation, quien ha financiado a diversos clima-escépticos, incluyendo al ya mencionado profesor Richard Muller en su periodo de escéptico. Diversas corporaciones del sector petrolero son mencionadas entre las principales financiadoras de investigaciones que tienden a negar el cambio climático, tales son los casos del American Petroleum Institute, la Exxon Mobil y la Texaco Foundation. John Vidal documenta la forma en que estas corporaciones e instituciones han financiado diversas investigaciones que ponen en duda diversos aspectos del cambio climático (Vidal, 2011).

del Hielo, similar, al menos a la llamada Pequeña Edad del Hielo ocurrida entre los siglos XVI y XIX y que se tradujo en bajas temperaturas, sequías y malas cosechas en el hemisferio norte.⁶

Según algunos especialistas, en los últimos 800 mil años se han presentado diversas edades del hielo de larga duración, las cuales se han visto interrumpidas por intervalos de 10 mil años llamados interglaciales: “Hoy estamos en los 10 500 años del actual periodo interglacial: El contrato de alquiler está vencido. El nuevo y helado inquilino se aproxima para ocupar la Tierra” (Hecht, 2000). Distintos argumentos se han presentado a favor del enfriamiento, algunos señalan que el deshielo de los polos enfría las aguas oceánicas, otros detectan bajas temperaturas en las corrientes del golfo que modificará el clima europeo, también existen quienes mencionan un mayor espesor de la capa de hielo en Groenlandia y de algunos glaciares. Para estos autores el calentamiento existe en las mentes alarmistas y catastrofistas de los grupos ambientalistas. La discusión sobre el calentamiento no la consideran, por tanto, científica ni ambiental sino política.

Las mayores evidencias existentes hoy avalan la tendencia que conduce al calentamiento del planeta debido a la acción humana. Ante la opinión pública dominante, favorable a la existencia e importancia de dicho fenómeno, algunas de las conclusiones de quienes cuestionan la validez de estas hipótesis son mal vistas, al asociárselas con los intereses de los grupos económicos involucrados con las principales industrias emisoras de gases de efecto invernadero. No obstante, no todos ellos⁷ pueden ser descalificados de manera genérica y las voces de quienes de manera independiente y rigurosa proponen explicaciones alternativas, o cuestionan algunas de las debilidades de los hallazgos de la ciencia climática, deben ser valoradas porque contribuyen a mantener el más valioso de los preceptos científicos, aquel según el cual cualquier hallazgo científico, cualquier teoría por muy reconocida, valorada y atesorada que sea puede ser sometida a revisión y crítica. Es esto lo que ha permitido el avance del conocimiento científico hasta la actualidad. Sin duda existen intereses de algunas compañías petroleras que movilizan recursos para desacreditar a la ciencia climática; pero esto no debe negar la necesidad de un pensamiento crítico que problematice los hallazgos y que los someta a validación científica.

⁶ La idea de la posibilidad del inicio de una nueva edad del hielo ha sido retomada por el meteorólogo ruso Habibullo Abdussamatov, quien alega además que el cambio climático tiene más que ver con factores naturales que humanos, estrechamente vinculados a la actividad solar (Kate Ravilious en *National Geographic*, 28 de febrero de 2007).

⁷ Dentro de los cuales se encuentran Spencer (2010) y Carter (2010), así como la profesora Judith Curry, mencionada anteriormente, quien ha publicado en línea algunos de sus acuerdos y desacuerdos con el consenso científico en materia de cambio climático: <http://judithcurry.com/>; Patrick Michaels de la George Mason University; y Keith Briffa de East Anglia University, quien cuestionó la Gráfica del Palo de Hockey de Michael Mann.

No obstante las múltiples evidencias mostradas por los expertos,⁸ la certeza casi absoluta con la que el Panel Intergubernamental de Cambio Climático (IPCC) presenta los hallazgos científicos, los interrogantes y diferencias entre expertos abundan. Existen diversos testimonios de una ciencia que no avanza sobre absolutos y verdades incuestionables. Un ejemplo lo constituye la llamada *Paradoja Ártica*, que consiste en la presencia de un Ártico relativamente *caliente*, acompañado de fuertes fríos en diversas zonas continentales al sur; es este un fenómeno sobre cuya explicación los expertos no se muestran unánimes.

En el 2012 un artículo de Coumou y Rahmstorf sobre *temperaturas extremas* en *Nature Climate Change*, en el que señalan la ausencia de pruebas contundentes que vinculen eventos específicos o su incremento, con el cambio climático, fue objeto de un ríspido debate, destacando -entre otras- las opiniones devastadoras del profesor Martin Hoerling de la National Oceanographic and Atmospheric Administration (Revkin, 2012), quien no cuestionó únicamente los hallazgos, sino también la seriedad de la revista, para finalmente concluir de una manera no muy distinta a lo que criticaba: “Después de todo, la ironía de los eventos extremos es que entre más grandes en magnitud es más pequeña la contribución fraccional del cambio climático humano”.

El año pasado *Nature* publicó un artículo del Instituto Scripps de Oceanografía (Kosaka & Xie, 2013) en el que se pretende resolver otra paradoja: la disminución observada en el alza de la temperatura planetaria, o *enfriamiento relativo*, observado en los últimos 10 o 15 años, sobre todo a partir del fuerte año de El Niño del año 1998. Los autores demostraron, mediante una modelación sofisticada, una propuesta que no es nueva: estudiar las *oscilaciones* del Océano Pacífico Tropical en periodos de tiempo amplios. Visto así, la actual etapa de *pausa* en el calentamiento, puede explicarse como resultado natural de ciclos cortos, en los que se alternan momentos de *enfriamiento* y *calentamiento*, insertados en una tendencia de larga duración que, en los últimos 140 años, ha incrementado la temperatura promedio de la superficie terrestre en 0.8°C.

Los científicos insisten en ver el clima en el contexto de las grandes tendencias. No obstante, para ser congruentes con esta demanda, habría que ver la evolución del clima planetario en el marco de la propia historia del planeta que se remonta a millones de años, y considerar en ese gran marco temporal el cambio climático de los últimos 300 años y su relación con distintos factores,

⁸ En el mundo de los llamados expertos en ciencia climática, los que se consideran forman parte del consenso científico, constituyen un grupo numeroso. Una publicación de la *National Academy of Sciences* de Estados Unidos registra más de 900 investigadores publicando regularmente sobre ciencia climática en el mundo: (<http://www.pnas.org/content/early/2010/06/04/1003187107.abstract?sid=c4aba312-61f9-4189-a37d-6062a033a93b>). Entre los nombres más mencionados y reconocidos en este campo, y solo por mencionar algunos, figuran: Kevin Trenberth del National Center for Atmospheric Research en Boulder, Colorado; Michael Mann de Pennsylvania State University; Phil Jones de East Anglia University; Peter Doran de la University of Chicago-Illinois; Mario Molina del Centro Mario Molina para Estudios Estratégicos sobre Energía y Medio Ambientes; Anthony Leiserowitz del Yale Project on Climate Change.

así como la validez de su relación con la revolución industrial. Visto así, en el largo plazo, habría que ver si las observaciones de las últimas centurias son representativas de la evolución del clima planetario, con relación a los grandes periodos de tiempo, medidos en millones de años.

Una interpretación de la historia del clima señala que la *Edad Media* fue, en términos generales, un periodo *cálido* y que, entre el siglo XVI y el XIX, tuvo lugar una especie de *Pequeña Edad del Hielo*, definida por la NASA como un *Periodo Frío*. Los expertos climáticos deberían explicar con su alta *precisión* científica las diferencias con el actual periodo de calentamiento.

La ciencia climática y el IPCC se mueven y responden a un contexto político que presiona por verdades irrefutables, certidumbres científicas y políticas infalibles para problemas que, además de ser complejos en sí mismos, lo son por las limitaciones cognitivas del cerebro humano, y por la política y la economía que *contaminan* las decisiones. Por ello el IPCC se ha sentido obligado a ostentar verdades absolutas ajenas a la práctica científica. En su último informe se sintió urgido de declarar que la existencia del cambio climático, como producto de la acción humana, poseía un 97 por ciento de certeza científica.

Una *verdad* que se acerca al 100 por ciento únicamente puede provenir de un escrutinio divino del mundo, convirtiéndose en materia religiosa no científica. El IPCC se preocupa en exceso por el consenso, otra práctica no científica. Los gobernantes buscan consensos para legitimar decisiones; la ciencia no lo requiere para producir conocimientos; muchas veces, los conocimientos nuevos conducen a la ruptura de estos consensos.

La economía y la política del cambio climático: Las lecciones de Copenhague

En los días previos a la Cumbre de la Tierra de Río, en 1992, el presidente George H. W. Bush expresó con claridad y simpleza lo que sería la política estadounidense en las negociaciones internacionales para enfrentar el calentamiento del planeta: “El estilo americano de vida (The american way of life) no se negocia”. Ese ha sido el principio rector de todas las administraciones, republicanas o demócratas y del Senado, quien decide la política climática internacional de Estados Unidos.

Casi todos los países participantes en las negociaciones para combatir el cambio climático parten de esta premisa. Los países ricos y las llamadas economías emergentes ven las negociaciones climáticas a través de los lentes de sus intereses económicos, de la disputa por los mercados y de la necesidad de no arriesgar la competitividad económica. Los países no desarrollados, al menos sus gobiernos, trasladan a los desarrollados las responsabilidades tanto de la creación del cambio climático como de las medidas para resolverlo. Para ellos el desarrollo es un derecho, una necesidad, independientemente de que se produzca contaminando al planeta; los países ricos, señalan

los no desarrollados, se desarrollaron contaminando el planeta, por ello se sienten con una especie de *derecho a contaminar*, lo cual significa que no consideran moralmente válidas las propuestas de reducir sus emisiones de gases de efecto invernadero si ello se traduce en un impedimento para acceder al desarrollo y al bienestar.

La historia de las cumbres climáticas (COP) es la historia de los intentos fallidos de las naciones del mundo por ponerse de acuerdo para enfrentar el cambio climático, y es la historia anunciada de un fracaso que se explica por la premisa estadounidense, compartida por países ricos y pobres, de no hacer nada que ponga en riesgo la economía y el crecimiento económico; es decir, antes que el clima está la economía. La cumbre de Copenhague de 2009 da cuenta de esto con especial nitidez.

Los grandes oradores en Copenhague, en la COP 15 de 2009, eran previsibles en todo, hasta en sus posiciones melodramáticas, que pudieron producir algún estupor hace 20 años pero que hoy suenan a frases vacías y desgastadas. Desde el Príncipe de Gales con sus palabras acartonadas, tratando de llegar al corazón de los participantes, cuando en estas negociaciones los que cuentan son el dinero y los negocios. ¿A quién se dirigía cuando decía con su frialdad principesca: “Los ojos del mundo están sobre ustedes, y no es poca cosa decir que con sus firmas ustedes pueden escribir nuestro futuro” (The Guardian, 15 de diciembre de 2009). Pocos de los allí presentes podrían cambiar el rumbo de la historia y los que sí pueden, no parecen querer: Estados Unidos (20 por ciento de las emisiones mundiales de gases de efecto invernadero), China (21 por ciento), la Unión Europea (15 por ciento), Rusia (9 por ciento), Japón (4.6 por ciento), India (5.3 por ciento), Brasil (6 por ciento), con datos para el 2009.

En Copenhague, más allá de toda las pretensiones de gran parte del discurso ambientalista, de la buena fe de muchos y de la ingenuidad de otros, se impuso a secas el mundo de los negocios, el poder de la economía y la política convencional. Toda la cumbre consistió en una defensa exitosa del *statu quo* del sistema económico mundial por parte de las dos potencias económicas más contaminadoras de toda la historia humana, China y Estados Unidos. Ambas naciones se benefician del mismo orden de cosas, de procesos productivos aún anclados en una economía carbonizada y depredadora, compiten por los mismos mercados, tienen por objetivo primordial la rentabilidad económica y comparten el mismo desprecio por la naturaleza y la gente de donde extraen su riqueza y poderío.

El fracaso era el único desenlace posible ante la negativa para asumir los costos económicos de reducir drásticamente su contribución al calentamiento del planeta. Los países no desarrollados tampoco quieren compromisos ni sacrificios económicos y demandan su derecho a contaminar, siguiendo la ruta de los hoy industrializados, para alcanzar un fantasioso desarrollo económico al

cual, por cierto, no acceden no por no haber contaminado aún lo suficiente, sino por los mecanismos de poder que se los impiden.

Los líderes del mundo desarrollado se volcaron contra China como la gran culpable del fracaso. China retardó hasta el último momento las negociaciones, se alió con los no desarrollados para hacer causa común. China no quería firmar ningún pacto vinculante y trató incluso de evitar que lo hicieran los del mundo desarrollado para evitarse la obligación moral de realizar esfuerzos mayores a los que ha ofrecido.

No obstante, pensar que estas fueron las únicas razones de la diplomacia china para rechazar los acuerdos es no entender los juegos del poder, de la economía y de la política a los que nos hemos referido. En primer lugar, lo básico es comprender que la política de China, dilatoria y evasiva, era parte de una estrategia y de un juego de fuerzas con su contraparte americana.⁹ No se dio por lo tanto en el vacío, ni como una acción unilateral y caprichosa. Fue la respuesta a un hecho de muchas maneras obvio: que el presidente Obama llegó a Copenhague con las manos vacías, sin autorización del Senado de su país para establecer compromisos. Por ello una hipótesis que circuló en los medios europeos fue que el presidente Obama, al carecer de mandato para asumir obligaciones que pudieran ser consideradas dañinas para la economía americana, optó por una estrategia que hiciera a China cargar con el peso del pronosticado fracaso de la cumbre, presionándola con exigencias que tampoco Estados Unidos podía cumplir, sin ofrecer nada a cambio: “una maniobra calculada para producir intransigencia, con lo cual China podía ser culpada por el resultado que Estados Unidos quería” (Monbiot, 2009). La actuación de China, por cierto, era muy similar, no ceder en nada y culpar a Estados Unidos. Al final, Estados Unidos y su principal aliado, el Reino Unido, difundieron la versión de la culpabilidad de China en el fracaso y también la del mundo no desarrollado, sobre todo de los regímenes izquierdistas latinoamericanos: Cuba, Bolivia, Nicaragua, Venezuela, etcétera. Así lo manifestaron el primer ministro británico Gordon Brown y su ministro de Energía y Cambio Climático, E. Miliband (*The Guardian*, 20 y 21 de diciembre de 2009), quienes acusaron a los no desarrollados de secuestrar y chantajear la cumbre.

En términos formales, salvo dos decisivos protagonistas, el Senado estadounidense y China, casi todos parecen estar de acuerdo en la necesidad de llegar lo antes posible a un tratado legal-

⁹ Tanto Estados Unidos como China en la COP 15 querían evitar establecer compromisos vinculantes para reducir emisiones; mucho menos someterse a ningún tribunal internacional encargado de sancionar el no cumplimiento de estos compromisos. Y no querían hacerlo porque no estaban autorizados para ello (como fue el caso del presidente Obama a quien el Senado no lo habilitó para tomar ningún compromiso vinculante), ni los enviados chinos que llegaron con la estrategia de observar los movimientos de la delegación estadounidense y reaccionar ante ella, -pero previa consulta con Beijing-. Los dos países estaban decididos a no contraer compromisos, pero al mismo tiempo, ninguno de los dos quería cargar con el peso del fracaso de la cumbre de Copenhague, por ello se responsabilizaron mutuamente en público de tal fracaso. Ninguno de los dos países quería poner en riesgo su competitividad en el comercio mundial.

mente obligatorio. En eso coinciden el presidente Obama, la Unión Europea y la mayor parte del mundo no desarrollado. Pero Estados Unidos desea un tratado en el que todos, sin excepción, estén sometidos a las mismas reglas; ricos y pobres, desarrollados y no desarrollados. Por ello este país rechazó el Protocolo de Kyoto, en la medida que obligaba al mundo industrializado a reducir sus emisiones de GEI, al tiempo que establecía solo medidas voluntarias para los no industrializados. Entre estos últimos se encuentra China e India, quienes no solamente son grandes emisores, sino que también son fuertes competidores comerciales de Estados Unidos. En Copenhague, Estados Unidos planteó su interés en borrar toda sombra de Kyoto. Los países pobres, por su parte, insistieron en un esquema más cercano a Kyoto, señalando que el esfuerzo de reducción de emisiones tenía que ser mayor para los desarrollados, en la medida que gran parte del problema climático actual se debía a los grandes volúmenes de CO₂ que históricamente lanzaron a la atmósfera en su proceso de industrialización. Las naciones pobres demandan su derecho al desarrollo, a la industrialización y también a contaminar. Estas posiciones encontradas no se movieron en Copenhague, no se movieron en las cumbres subsecuentes, y es poco probable que se muevan en las negociaciones futuras, sobre todo cuando se trata de llegar a acuerdos vinculatorios.

La recesión económica mundial ha logrado más por la causa climática que todas las reuniones efectuadas desde 1997. Y, es por ello el peor aliciente para comprometerse con la causa ambiental. De acuerdo a un reporte de la Agencia de Protección Ambiental y de la Administración de la Información de Energía de Estados Unidos de este año, la crisis que afectó severamente al sector industrial, el incremento en el precio del carbón mineral y el descenso del precio del gas natural provocó una disminución sustancial en las emisiones de GEI en Estados Unidos (*The Scientific American*, 17 de noviembre de 2011) entre 2008 y 2009. El Reino Unido, la Unión Europea y Rusia dan cuenta de esta misma disminución.

Con un mundo en recesión, con países ávidos por conquistar los desfallecientes mercados mundiales, a quién le importa establecer compromisos que redundarán en un encarecimiento de los productos de exportación y en una pérdida de la competitividad en el mercado mundial. Por ello tanto los países desarrollados como los no desarrollados coinciden en el *no acuerdo*, como mecanismo de mantener el *statu quo*.

Del 11 al 23 de noviembre del 2013, Varsovia fue sede de la última reunión de Naciones Unidas sobre el cambio climático, misma que puede llamarse la cumbre climática de la ambigüedad, constituye la ratificación de la imposibilidad de llegar a acuerdos sobre un problema, el cambio climático, cuando la mayor parte de los países se benefician del desacuerdo y del *statu quo*, compartiendo el principio básico de que la mejor manera de lidiar con la naturaleza es mediante

la sistemática, inmediata y compulsiva explotación de sus riquezas, tratándola, como diría Kofi Annan, como si el mañana no existiera.

Elegir como sede a un país con un historial ambiental dudoso no deja de mostrar, por decir lo menos, ambigüedad. Polonia depende del carbón para generar el 90 por ciento de su electricidad, considerándose este mineral fuente imprescindible de riqueza y de votos para las principales fuerzas y partidos políticos, quienes compiten en sus cabildeos a la industria del carbón y celebran las promesas del *fracking* para liberarlos de las imposiciones de las autoridades rusas en materia de gas y petróleo.

Polonia se ofreció como anfitrión de la cumbre climática y al mismo tiempo cobijó la Reunión Internacional de la Industria del Carbón inaugurada, paradójicamente, por Christiana Figueres, responsable del combate al cambio climático de Naciones Unidas. A menos de un kilómetro de allí, en el Estadio Nacional de Polonia, los líderes ambientales del mundo debatían sobre las estrategias económicas y políticas más baratas para detener un calentamiento planetario provocado, entre otros, por la industria del carbón, a cuyos potentados quería convencer la señora Figueres de sus desconsideraciones con el clima del planeta.

Los acuerdos de Varsovia se sintetizan en la creación del llamado Mecanismo de Varsovia sobre Pérdidas y Daños, que consiste en compensaciones financieras voluntarias de los países ricos a los pobres por los eventos climáticos extremos, supuestamente provocados por las emisiones del mundo desarrollado. También se llevó a término otra promesa, el llamado mecanismo para la reducción de emisiones por deforestación conocido como REED+.

Con esta reunión se cumplen 21 años de negociaciones para enfrentar el cambio climático que, a decir de los expertos, amenaza la estabilidad y la vida planetaria. Después de 19 rondas de negociaciones, nadie demuestra querer enfrentarlo asumiendo los costos, nadie cumple los compromisos, nadie quiere arriesgar sus mercados. Mientras tanto, los discursos abundan, los actores transitan del drama al melodrama, el enviado de Filipinas en huelga de hambre, todos mostrándose seducidos por la proximidad de la catástrofe, el fin del mundo. Cada año más de 10 mil personas se movilizan para salvar al planeta dejando su consecuente huella de carbono. Las emisiones, impávidas, siguen su marcha ascendente, especialmente en lo que resta para el año 2020, periodo en el que nadie está obligado a nada. Australia y Canadá se han retirado y Japón anunció que, debido a Fukushima, no cumplirá con sus compromisos, y aumentará sus emisiones en tres por ciento al 2020.

Conclusiones

Este artículo muestra algunos de los factores fundamentales que explican los fracasos de las negociaciones climáticas que han tenido lugar en las últimas décadas. Estos tienen que ver con una falta de voluntad, tanto de los países desarrollados como de los no desarrollados para llegar a acuerdos vinculantes que pongan en riesgos su competitividad económica y sus ventajas comparativas en el mercado mundial o sus derechos al *desarrollo y el bienestar*. La política y la economía y no el conocimiento científico son los elementos más influyentes en la voluntad para tomar las decisiones requeridas para frenar lo que los expertos consideran como un calentamiento promedio tendencial del clima planetario. Las declaraciones por parte de la comunidad científica climática sobre las existencias de grandes consensos y certidumbres científicas en torno a la evolución del clima planetario y sobre las causas del cambio climático, no son requerimientos del quehacer científico, sino resultado de la presión ejercida por la política pública y las instituciones internacionales, particularmente por sus necesidades de legitimación y de transmisión de confianza, que son necesarios no para la solución de problemas, sino para la gobernabilidad por parte de los gobiernos nacionales y las organizaciones internacionales.

Pero la economía y la política no solo se expresan en la resistencia de países y bloques económicos que compiten por el mercado mundial, como son los casos de Estados Unidos, la Unión Europea, China, India, Brasil, Japón, Canadá, entre otros, para no afectar el precio de sus mercancías con los costos de la protección ambiental y de las medidas para reducir emisiones, sino también en los planteamientos de los países no desarrollados, quienes enarbolan sus derechos al *desarrollo* y al *bienestar* bajo el argumento de que, de la misma manera que los países desarrollados alcanzaron el desarrollo contaminando el planeta, ellos tienen derecho a lo mismo (al desarrollo y a la contaminación). Para muchos de los gobernantes de estos países, en los hechos, el desarrollo y el bienestar de sus pueblos no es más que un discurso para ocultar o minimizar los factores reales que producen la pobreza y la desigualdad, que ellos mismos y sus élites generan y reproducen.

Referencias

- Beck, Ulrich (1992). *Risk Society. Toward a New Modernity*. London: Sage.
- Carter, Robert (2010). *Climate: The Counter Consensus*. London: Stacey International.
- Coumou, Dim & Stefan Rahmstorf (2012). "A decade of weather extremes". En *Nature Climate Change*, 2, pp. 491–496.
- Hecht, Laurence. (2000). "Is a new ice age under way". En *Science & Technology Magazine*, November. Texto completo: http://www.21stcenturysciencetech.com/articles/Ice_Age.html
- Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC) (2007). *Cambio Climático 2007. Informe de Síntesis*. Ginebra: IPCC.
- (2013). *Fifth Assessment Report*. New York: Cambridge University Press.

- Kosaka, Yu & Shang Ping Xie (2013). "Recent global warming hiatus tied to equatorial Pacific surface cooling". En *Nature*, Núm. 501, pp. 403-407.
- Monbiot, George (2009). *The Guardian*. 21 de diciembre.
- Montford, Andrew (2010). *The Hockey Stick Illusion*. London: Stacey International.
- Ravilious, Kate (2007). "Mars Melt Hints at Solar, Not Human, Cause for Warming, Scientist Says". En *National Geographic*, 28 de febrero. Texto completo: <http://news.nationalgeographic.com/news/2007/02/070228-mars-warming.html>
- Revkin, A. (2012). "More on extreme weather in a warming climate", En *New York Times*, 10 abril.
- Spencer, Roy (2010). *The Great Global Warming Blunder*. New York: Encounter Books.
- The Guardian* (2009). Periódico británico. 15 de diciembre.
- _____ (2012). Periódico británico. 20 y 21 de diciembre.
- The Scientific American* (2011). 17 de noviembre.
- Vidal, John (2011). *The Guardian*. 28 de junio.

Recibido: 8 de febrero de 2014

Aceptado: 24 de febrero de 2014